

Alberto
Gómez
Vaquero

El pecado



En el año 378 d. C., mientras el Imperio romano se desmorona, una misteriosa congregación religiosa llega a un valle del Norte de Hispania. El líder de esta secta cristiana es conocido como el Doctor y su influencia enseguida se dejará notar en los habitantes del lugar; nobles como Aufidio, jóvenes como Anü o agricultores arruinados como Antonio se verán envueltos en la lucha que el poder creciente del Doctor y de sus fieles desata en la provincia. Y es que el mensaje del Doctor que pregona la pobreza y la relación directa con Dios choca frontalmente con los intereses de una jerarquía eclesiástica que, ante la ruina de Roma y sus ejércitos, se ha convertido en el único poder estable en la mayor parte de Hispania. Esta obra, que novela la vida del controvertido y misterioso Prisciliano, se adentra en uno de los periodos más críticos y desconocidos de la Historia de España. Una época de crisis, pobreza y enormes cambios que guarda grandes similitudes con la actualidad.

A Irene.

EL PECADO

Hispania, siglo IV

Alberto Gómez Vaquero

Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz.

Mateo 10:21

Prefacio

El Doctor llegó a las tierras donde hoy se levanta San Pedro por el sendero que a través de las montañas unía aquel valle escasamente poblado con Petavonium, la ciudad más importante de la región.

Un atardecer de color salmón comenzó a formarse a sus espaldas mientras frente a él unas nubes negras avanzaban despacio desde el este y el sur, como pesados y amenazadores toros.

El Doctor oteó aquel paisaje de crecientes penumbras. Medio centenar de casas —más otras tantas ya abandonadas— se arracimaba tras la ruinoso muralla del castro, a cuyos pies crecían, diseminadas, otras pocas viviendas más, ninguna de ellas muy grande. A su derecha vio, encaramada en una de las primeras estribaciones de la sierra y al otro lado de un río que reverberaba con tonos verdes y apagados, una sólida muralla de piedra parduzca tras la que brillaban las luces de varios hogares.

—Una villa —dijo, señalando en esa última dirección y volviéndose un poco para que lo escuchara bien el grupo de personas que lo seguía: mujeres y hombres mezclados hasta sumar más de una centena.

Como él, todos ellos iban descalzos y vestían una túnica talar de aspecto pobre, que en su parte superior terminaba en una capucha que en ese momento muchos llevaban puesta para protegerse del frío y de la creciente humedad.

Pese a sus semblantes famélicos y cansados, todos sonreían. Quizás por la promesa de poder pasar la noche junto

a un fuego y tal vez con un poco de buena comida en el plato, después de tantos días durmiendo a la intemperie y comiendo bayas y pequeños animales salvajes. O quizás porque la fe de aquel hombre que los guiaba los calentaba por dentro.

Despacio, atravesaron una amplia zona de bosque y tierras incultas, hasta llegar a la villa. Tuvieron que rodear el recinto casi por completo, pues la puerta principal miraba al sur. Era ya de noche cuando el Doctor golpeó dos veces en ella con el mango de su báculo. Lo hizo sobre una pequeña placa de metal dispuesta a tal efecto sobre la gruesa madera y el sonido se elevó en la noche, provocando el ladrido de varios perros.

Pasaron varios minutos hasta que un hombre preguntó desde el interior quién llamaba y qué era lo que deseaba.

—Somos viajeros —respondió el Doctor—. Religiosos cristianos. Y nos gustaría pasar la noche con ustedes.

—He de consultar —dijo la voz, a la que siguió el sonido de unos pasos alejándose.

Cuando un poco después la puerta se abrió, el Doctor vio, al lado de un campesino bajo y de anchas espaldas, a una mujer joven, casi una niña, que sostenía en alto una pequeña luminaria.

—Soy Anü —se presentó ella—. Soy hija del señor de esta casa. Pasen. Son bienvenidos. Nosotros también somos cristianos. Les acogeremos esta noche y les daremos de cenar.

PARTE I

Considerate la vostra semenza:
fatti non foste a viver come bruti,
ma per seguir virtute e canoscenza

Dante, *Divina Comedia*

I

Anü despertó con una sensación dolorosa en el vientre y un regusto salobre en el paladar. El asco que sentía era tanto que estuvo a punto de vomitar.

Despacio, salió de la cama y caminó descalza por el suelo de piedra, con la mano derecha sobre el estómago. Abrió el postigo de la pequeña ventana de su dormitorio y observó el patio de la vivienda: un cuadrado perfecto por cuyos lados corrían las galerías de la casa. En el centro, de pie, con un códice apoyado en el pozo cerrado, estaba aquel forastero llegado la noche anterior y a quien todos sus seguidores llamaban Doctor.

Era un hombre bajo, delgado, y de ojos hundidos en un cráneo de tegumento pálido y fino. Sus seguidores estaban en torno a él, arrodillados sobre el suelo y con la cabeza levantada hacia aquel hombre al que, con su hábito basto y su rostro ascético, solo faltaba una aureola para parecer uno de los santos que decoraban la pequeña capilla de la villa.

Desde donde estaba, Anü no podía escuchar las palabras del Doctor, pero sí ver su rostro concentrado y grave y la profunda atención con que lo escuchaban sus compañeros, aquel centenar de hombres y mujeres vestido pobremente y que la noche pasada no había accedido a irse a dormir sin antes entonar una plegaria por el bien de la familia de Anü.

Todos habían rezado entonces someramente, pero con una devoción como la joven no había visto antes: golpeándose el pecho, arrodillándose en el frío e irregular suelo del atrio de la vivienda y llegando, en algunos casos, incluso a las lágrimas. La escena, desarrollada en medio de la noche, con un par de antorchas y dos pequeñas palmatorias por toda iluminación, había impresionado a Anü, que no des-

cartó que su malestar al despertar procediera de esa emoción.

Y sin embargo, se contradijo, no era la primera vez que despertaba así... llevaba tiempo ocurriendo... Además, la impresión del rezo había sido agradable: como entrar en un mundo nuevo, mejor y más puro...

El Doctor terminó la ceremonia de la mañana besando uno por uno a todos sus compañeros, tal y como había hecho la noche anterior, cuando también había besado a la propia Anü. Entonces, la joven había podido sentir cerca de ella no solo el rostro del forastero, sino también su aliento como de bayas silvestres y rocío, tan diferente del que tenían los hombres de la casa: siempre agrio, como si hubieran estado masticando un cadáver.

El grupo se disolvió y Anü vio cómo el Doctor quedaba solo en el patio, iluminado por la luz vítrea de la madrugada, concentrado —la frente hacia el cielo, los ojos cerrados— bien en esa mínima luz, bien en el canto de alguno de los escasos pájaros que todavía podían escucharse en aquel invierno ya demasiado largo y demasiado húmedo, incluso para unas tierras como aquellas acostumbradas al frío y al agua.

Imitándole, la joven levantó también su vista hacia las alturas grisáceas y después bajó sus párpados, buscando en su interior una paz que desde hacía tiempo se le escapaba, como si algo o alguien estuviera siempre acechándola con malas intenciones.

De repente, Anü notó erizarse el vello de sus brazos desnudos y supo —sin necesidad de cerciorarse— que él la estaba mirando. Abrió los ojos sin devolverle la mirada, se giró y lentamente se puso las ropas que la noche anterior Elia, su esclava doméstica, había dejado debidamente ordenadas a los pies de su lecho.

Hubiera podido llamar a esa o a otra esclava para que la ayudara a vestirse, pero estaba empeñada —sin saber muy bien de dónde procedía tal empeño— en valerse por sí

misma y no hacer uso de ninguno de los privilegios de su posición. «El tiempo de la riqueza ha pasado, —se decía—, ahora es el tiempo de la supervivencia. Dios nos está poniendo a prueba». Y sin embargo, en la villa, hasta ese momento, no habían faltado ni la comida ni las comodidades. Tenían un centenar de trabajadores, quince de los cuáles eran esclavos, mientras que los otros eran colonos adscritos a las tierras que sus antepasados y, sobre todo su padre, habían ido adquiriendo en torno a la Villa desde que la compraran hacía ya más de cinco generaciones.

Había sido su abuelo quien, siendo joven, había encargado la construcción de la pequeña capilla donde él mismo había celebrado —leyendo torpemente— los rituales que había aprendido años atrás de algún predicador, en una de las ciudades del Sur de Hispania. Su abuelo había sido el primer cristiano de la familia y había legado esa religión, junto con aquella propiedad y otras villas más pequeñas, a Aufidio, su único hijo y padre de Anü.

Este había conservado la religión por tradición y comodidad, pero distaba mucho de ser un hombre devoto. Para él, los antiguos dioses representaban el pasado glorioso mientras que el dios cristiano solo había traído al Imperio la oscuridad y las desgracias. Si lo adoraba, era porque le parecía absurdo cabalgar contra la marcha de los tiempos.

Aufidio había huido siendo muy joven de la colonia latina de Baelo, cuya luz y riquezas el tiempo y la distancia habían contribuido a engrandecer en su memoria, llenándole de una nostalgia feroz por la vida que, según él, la fortuna y sobre todo la mala cabeza de su padre le habían arrebatado: la vida de un decurión en una ciudad romana bella y muy poblada. Sin embargo, hasta él admitía cuando lo interrogaban sobre su infancia y juventud en el sur de Hispania que Baelo se había vuelto un lugar cada vez menos seguro para vivir. Los crecientes impuestos, las incursiones desde el otro lado del estrecho, la pobreza generalizada —con el consiguiente aumento de robos y crímenes— habían obli-

gado a muchos, y entre ellos al padre del terrateniente, a escapar y refugiarse cada cual donde había podido: los poderosos en sus villas amuralladas y los pobres en los caminos, en las tierras de los obispos o en otras ciudades más prósperas.

De entre todas las propiedades de la familia, la más grande y floreciente era la que habitaban. Por eso el abuelo de Anü había elegido asentarse allí, en aquella zona agreste y fría, que Aufidio odiaba más cuanto más le recordaba, por contraste, lo lejos que estaba del paraíso que le habían arrebatado: una gran ciudad junto a un cálido mar, llena de luz y calor, y con decenas de espectáculos y diversiones a disposición de quienes, como él, podían pagarlos.

Pese a ese odio, o tal vez espoleado por él, Aufidio se había mostrado como un competente organizador de la vida rural y a los colonos y esclavos heredados enseguida había sumado otros comprados con el dinero procedente del resto de posesiones familiares, de las que se había desprendido rápidamente, sabedor de que, desde la distancia y siendo los caminos de Hispania cada vez más peligrosos, no podría gobernarlas.

Fue también la creciente inseguridad la que llevó al padre de Anü a armar y enseñar unos años atrás el arte de la lucha a todos los esclavos y colonos de la casa en disposición de ser utilizados como soldados. «Si hemos de estar a merced de los salteadores, es mejor que todos sepamos cómo manejar una espada», había dicho. Y hasta la propia Anü había tenido que aprender a manejar un corto *gladius* de dos filos que portaba siempre Elia y que durante los ejercicios se había visto obligada a introducir una vez tras otras en un costal de paja que, sujeto a un palo clavado en el suelo, hacía las veces de torso humano.

Cuando esa mañana Anü se unió a sus padres para almorzar, vio que también estaba allí el Doctor, quien sonrió

al verla. La joven vestía una túnica blanca y una estola del mismo color, además de un velo negro en la cabeza, cubriéndole el cabello. Se sentó entre sus progenitores y frente al invitado que, como Anü pudo observar, durante el almuerzo apenas se llevó a la boca un poco de pan y un par de tragos de agua.

—¿No desea comer nada más? —preguntó Gala, que también había observado el ascetismo del visitante y que no pudo frenar su curiosidad. Él negó con la cabeza.

—Hay que dar al cuerpo solo lo necesario para seguir vivo. Todo lo que se le dé de más es pecado.

Al escuchar esto, el padre de Anü detuvo su mano —con la que había tomado una pequeña ala de ave— y miró extrañado al Doctor.

—¿Pecado? —preguntó.

—La carne es pecado. Todo el pecado procede de la carne. Para liberar el espíritu hay que someter primero al cuerpo, no dejar que este nos ate con sus necesidades —la voz del Doctor era grave, rugosa; impropia, pensó Anü, de aquel hombre de cuerpo menudo y rostro macilento. Al hablar, los ojos se le humedecían, como si al salirle por la boca, las palabras le hicieran daño en la lengua o en el paladar—. Esto es lo primero que enseño a quienes me siguen: todo lo que es contra el espíritu, es contra Dios y es pecado. Porque solo el espíritu nos acerca a Dios, mientras que lo material nos empuja hacia el demonio.

Al oír aquella palabra, la madre de Anü se santiguó con la torpeza de quien no lo ha hecho muchas veces, al tiempo que soltaba un pequeño y agudo grito.

—No entiendo —dijo el padre, ignorando a su mujer— cómo podéis sostener que cuanto hay en el mundo es pecado.

—Lo sostengo porque tal era el mensaje de Jesucristo, nuestro Señor. Además, ¿no se refiere Juan al demonio como aquel «que está en el mundo»? Fue Jesús, nuestro Señor, el que dijo que solo los pobres, aquellos que carecien-

ran de todo, entrarían en el reino de los cielos. Él fue quien dijo que no había que atarse a las cosas de este mundo, que eran transitorias, sino a Dios, que es eterno. Y Dios no está en las cosas del mundo, sino en nuestro espíritu. Por eso hay que despreciar cuanto sea superfluo. Por eso hay que ayunar frecuentemente y martirizar al cuerpo: para acercarnos al padre.

Como si fuera el amo de la casa, el Doctor se levantó y los demás lo hicieron también.

—Sé —dijo— que los hombres como usted, los hombres prácticos, no se conforman con la fe. Necesitan de la razón, de las palabras, de las pruebas... —Hizo una pausa y se encaminó hacia el patio, deteniéndose bajo la galería.

Hasta allí lo siguieron los dueños de la casa y, a distancia, también Anü. Todos observaron que en el patio, junto a los colonos de Aufidio, también faenaban los seguidores del Doctor.

—El mensaje de los Evangelios es claro —dijo el Doctor, comenzando a andar alrededor del patio, bajo la galería, y reanudando así la conversación—: solo la pobreza y la contención salvarán al hombre. «Si quieres seguirme, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres», dice el Evangelio.

—¿Qué hemos de hacer entonces, según usted? —Preguntó Aufidio con tono suspicaz—. ¿Entregar todo nuestro dinero? ¿Dejar que nuestros hijos, nuestra familia, los hombres que dependen de nosotros, mueran de hambre?

—«Nadie puede servir a dos amos. Pues odiará a uno y amará al otro; será leal a uno y despreciará al otro. No se puede servir a Dios y al dinero».

Aufidio miró al Doctor con gesto interrogante.

—Lucas —dijo este, por toda explicación. Aufidio asintió: había pasajes en el evangelio, pensó el terrateniente, que siempre podían ser utilizados como golpes bajos contra uno—. ¿A quién ha estado sirviendo, Aufidio? —le preguntó entonces el asceta.

El terrateniente guardó silencio unos segundos. Trataba de parecer sosegado, pero se había enrojecido lo suficiente como para dejar claro a su visitante que la reprimenda no le estaba gustando y tampoco perder la discusión delante de su esposa y de su hija: aquella era su casa, el otro era su invitado y había cosas que no se debían hacer.

—Sirvo a Dios —respondió al fin, más calmado, y con una pequeña sonrisa en el rostro que indicaba que había hallado una salida—, y también sirvo a su Iglesia. Y a su obispo.

Fue el Doctor quien, entonces, permaneció en silencio unos minutos. Después, con voz neutra, carente ya del fuego que la había animado antes, dijo:

—Estoy buscando un lugar para construir un templo. Hay mucha gente en este valle que aún no conoce a Cristo. Con un templo podríamos predicar el Evangelio y atraerla hacia Dios.

—Es una buena idea —admitió Aufidio, definitivamente sosegado al ver que la discusión teológica había terminado—. Es verdad que muchos de los agricultores, incluyendo algunos de mis colonos, aún rinden culto a los viejos dioses y a sus antepasados, como hacían antes. Y de los que conocen la vida de Jesús, muchos lo tienen como un Dios más del panteón —sonrió—. La civilización tarda en llegar aquí. ¡Muchos aún farfullan en un antiguo dialecto totalmente incomprensible para mí!

—Nada tengo contra su dialecto, pero sí contra su paganismo —dijo el Doctor—: es necesario propagar la fe. Y desde estas montañas podríamos llegar a las gentes de todo el valle, e incluso más allá —su rostro se iluminó y el llanto le fragmentó las pupilas—: es hora de que toda Hispania conozca a Cristo nuestro Señor —proclamó.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Aufidio, quien había comenzado a intuir que la visita del anacoreta no había sido casual.